

**LA FUNCIÓN DE LA MADRE EN LA EDUCACIÓN INFORMAL:
REPASO DE ALGUNOS EJEMPLOS LITERARIOS FRANCESES**

**THE FUNCTION OF THE MOTHER IN INFORMAL EDUCA-
TION: REVIEW OF SOME FRENCH LITERARY EXAMPLES**

LÍA MALLOL DE ALBARRACÍN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

Sumario:

1. Hacia la construcción de un relato ejemplar
2. La madre en *La princesa de Clèves*, de Mme. de La Fayette (siglo XVII)
3. Marguerite Yourcenar (1903-1987) y la madre en *Ana, sórora...*
4. Proust (1871-1922) y los recuerdos de infancia maternos de Marcel en “Combray”, de *En busca del tiempo perdido*
5. La figura materna en *El buscador de oro* de Jean-Marie Gustave Le Clézio

Resumen: La madre encierra un valor fundamental en la vida de sus hijos. Sin embargo, esta sencilla premisa es nuestro punto de partida para revisar la función que cumple la mujer en la educación informal del ser humano, a partir de las evocaciones que algunos personajes de la literatura francesa rescatan y enaltecen.

Palabras clave: Literatura francesa- Madres- Ejemplos literarios.

Abstract: The mother is of fundamental value in the life of her children. However, this simple premise is the starting point in reviewing the function of the mother in a human being's informal education, from the point of view of some characters in French literature that

recapture and exalt her.

Key words: French literature-Mothers-literary examples

1. INTRODUCCIÒN

La “educación informal” incluye toda transmisión de saberes y valores realizada a través del contacto personal y la experiencia, sin referencia a institución escolar alguna, tal como se brinda en el seno de una familia. Específicamente en el papel maternal, madre y educación constituyen un binomio inseparable debido a que a lo largo de la vida esta ejerce positiva o negativamente una influencia que deja, más que ninguna otra, una impronta difícil de disimular.

Tanto la antropología como la psicología enseñan que toda mujer participa activamente en la transmisión de valores de naturaleza afectiva, social, cultural, religiosa, moral, vinculando a las nuevas generaciones con sus ancestros y, al mismo tiempo, con lo más íntimo de sí. Pero más que recordar las enseñanzas de la ciencia, me interesa repasar puntualmente unos pocos ejemplos literarios franceses con el fin de rescatar qué recibieron los personajes de sus madres, qué recuerdan con más intensidad, de qué modo se sienten marcados por ellas, y verificar si existe algún punto en común entre los ejemplos. La elección solo halla su justificación en el mero hecho de tratarse de obras recientemente visitadas (o re-visitadas) que me inspiraron ciertas reflexiones que he querido compartir. La primera es *La princesa de Clèves* (PC); la segunda, *Ana, soror* (AS); la tercera es la sección denominada *Combray* del primer tomo de *En busca del tiempo perdido* (*Combray*) y, finalmente, *El buscador de oro* (BO).

2. LA MADRE EN *LA PRINCESA DE CLÈVES*, DE MME. DE LA FAYETTE (SIGLO XVII)

María Magdalena Pioche de la Vergne, conocida como

Mme. de La Fayette, fue una prolífica escritora que prefirió esconder tras el anonimato su intensa participación en la vida literaria de París durante el siglo XVII. Entre otras obras, compuso una célebre novela titulada *La princesa de Clèves*, que si bien relata las intrigas palaciegas en los últimos años del reinado de Enrique II, al mismo tiempo se refiere a los vicios y peligros presentes en la época de la propia autora.

Es de destacar el papel fundamental que juega en la primera parte la presencia de la Sra. de Chartres, madre de la protagonista, pues ella educa a la princesa en el racional dominio de sí: *vivió consagrada a la educación de su hija. No sólo se preocupó de cultivar su espíritu y su belleza, sino que también trató de inculcarle el amor por la virtud.* (PC: 10) ¹

El método de la Sra. de Chartres, quien *era sumamente sagaz*, (PC: 15) no consiste en tratar de alejar a su hija de la galantería sino que se basa en hablar con ella sinceramente acerca del amor, de los hombres, de los engaños e infidelidades o de los peligros que esconden las promesas; asimismo, destaca las ventajas ofrecidas por una vida tranquila y recatada que no ponga la belleza ni los placeres por encima de la honestidad y la modestia. Con la intención de guiarla para introducirse en el mundo de la corte, *le rogó, no como madre sino como amiga, que le confesase todos los galanteos que se le dirigieran, y le prometió ayudarla a conducirse en aquellas cosas en que con frecuencia se siente confundida la juventud.* (PC: 14)

La dama no escatima consejos hacia su hija, quien no solo los recibe de buen grado sino que se siente desamparada cuando muere siendo ella aún tan joven e inexperta. La muerte de la Sra. de Chartres sume a su hija en una extrema aflicción y *aunque la ternura y el amor filial tuviesen la mayor parte en su pena, la necesidad que sentía de la presencia de su madre para*

1 Las traducciones de las obras citadas en la investigación me pertenecen.

defenderla contra el duque de Nemours, era una de las cosas que más la afligían. (PC: 36)

A medida que el tiempo pasa y la princesa se halla más expuesta al asedio de su pretendiente y de sus propios impulsos, recuerda con más veneración aún las sabias advertencias de su madre. La modestia, la prudencia y el sentido del honor que la Sra. de Chartres había inculcado en su hija no perdieron nunca la fuerza de sus enseñanzas.

Queda, pues, expuesto que en el caso de la princesa de Clèves, la mujer es presentada en su papel de transmisora y defensora de valores morales. La Sra. de Chartres inculca en su hija los principios espirituales de rectitud y prudencia con el objetivo de prepararla para ser capaz de salvaguardar por sí misma su dignidad de mujer. El recuerdo y el respeto por el ejemplo y las lecciones de su madre, inspiradas en el amor hacia la joven y hacia la virtud misma, constituyen su herencia más valiosa.

3. MARGUERITE YOURCENAR (1903-1987) Y LA MADRE EN *ANA, SÓROR...*

Ambientada en el siglo XVI pero perteneciente a la pluma de Marguerite Yourcenar, *Ana, sœur* relata el amor incestuoso entre Miguel y Ana, hijos de doña Valentina, *última flor en que una raza, favorecida entre todas, había agotado su savia. (AS: 13)* El énfasis del narrador está puesto en los sentimientos de los hermanos. Pero desde un principio se destaca la figura de la madre como una mujer de cualidades singulares: belleza, cultura, espíritu contemplativo, gravedad, recato, humildad, prudencia, capacidad para administrar, espíritu caritativo y un profundo conocimiento de los filósofos y los poetas. Se aboca a la educación de sus hijos a quienes transmite su amor por los antiguos, así como su sencillez y fineza en el trato hacia los más desvalidos, además de las prácticas de piedad: *sus hijos vene-*

raban en ella a una Madona. [...] Desde su infancia, ella les había enseñado a leer a Cicerón y a Séneca. (AS: 15) La voz suave y cariñosa que empleaba persiste en sus recuerdos cuando Valentina muere.

Madre e hijos conforman un triángulo afectivo del que se encuentra excluido don Álvaro, el padre. Ellos tres permanecen unidos no solamente por el sentimiento profundo que se profesan sino por afinidades intelectuales y de carácter. Ambos hermanos la aman, la admiran y se dejan guiar por ella con la docilidad que inspira una autoridad reconocida espontáneamente. Su presencia constituye el dique que se rompe después de su muerte permitiendo que la pasión desborde pues el ascendiente natural que tenía sobre sus hijos ayudaba a unirlos y, a la vez, a protegerlos contra ellos mismos.

La figura de doña Valentina se alza entonces como baluarte de paz, de armonía, de equilibrio y de contención. Se alza también como ideal de belleza, refinamiento y sensibilidad. Pero esa misma naturaleza delicada que envuelve a los jóvenes, de alguna manera influye decisivamente en la inclinación que siente uno por el otro. Pues, por un lado Ana es el vivo reflejo de la delicadeza y refinamiento de su madre; por otro, Miguel no admira más que lo que ellas representan.

Muerta la madre, en fin, nada impide que los jóvenes se amen; su recuerdo, aun cuando siga inspirando amor, admiración y respeto, ya no basta para contener una pasión que ni siquiera intentan refrenar. La figura de la madre, en este caso, cumple una importante función mientras vive; pero su influencia se desvanece con el paso del tiempo, o, más bien, su desaparición física permite a los hijos dar una nueva dirección a sus vidas.

4. PROUST (1871-1922) Y LOS RECUERDOS DE INFANCIA MATERNOS DE MARCEL EN *COMBRAY*, DE *EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO*

En la primera parte de *En busca del tiempo perdido*, Proust

pone en boca del pequeño Marcel los recuerdos de su infancia en Combray, en casa de sus abuelos maternos. Tal como es su costumbre, el narrador realiza una minuciosa selección de las evocaciones y así, en las primeras páginas de esta historia, se detiene en el recuerdo de su madre, en particular en su sentimiento de desolación a la hora de irse a dormir y abandonar su compañía.

Es claro que el niño sufre cierto desequilibrio nervioso o emocional, seguramente producto de una sensibilidad exacerbada. Precisa la cercanía de su madre de manera imperiosa para no caer en la angustia y por ello la hora del sueño le resulta insostenible; lo único que la mitiga es la concesión que ella le hace de acudir a darle un beso y deseárselo buenas noches. El pequeño conserva de modo especial el recuerdo de una noche en que, habiendo sido enviado a la cama antes de lo previsto debido a la llegada de su vecino el Sr. Swann, su madre no sube a la habitación a saludarlo, incidente que lo obliga a dormirse sin haber recibido el consuelo de su despedida. Marcel comprende desde el recuerdo que ella (como también su abuela) conocía bien su desdicha a la hora de acostarse pero tenía amorosos motivos para no hacer caso a sus pretensiones: *me amaban demasiado para consentir ahorrarme el sufrimiento, querían enseñarme a dominarla a fin de disminuir mi sensibilidad nerviosa y fortalecer mi voluntad.* (Combray:39-40)

Las figuras de estas dos mujeres se destacan de entre las que viven en la casa. Se distinguen por su delicadeza, su discreción, su idealismo, su sencillez. La madre, joven y bella en su recuerdo, desapueba la inclinación del pequeño hacia la melancolía y se muestra estricta hacia él con la intención de moderar su sensibilidad y fortalecer su carácter. Sin embargo, existe entre ambos un cariño entrañable y cómplice que los lleva a establecer un vínculo particular en el que nadie más tiene cabida. Su presencia basta para que el niño se sienta protegido y feliz; una sola mirada o una sonrisa son suficientes para recuperar el

sosiego y la esperanza. La joven mujer se presenta como el bálsamo y el sostén; si bien trata de ayudarlo a superar su natural pesimismo o sus temores manifestando una severidad a veces dolorosa para el pequeño Marcel, al mismo tiempo representa la capacidad de comprensión propia de toda madre sensible e intuitiva para quien los avatares interiores de sus hijos no ocultan ningún secreto. La noche en que el niño se vio obligado a irse a dormir sin su beso de despedida, ella finalmente accede a acompañarlo, lo tranquiliza, le lee algunas historias (ritual fascinante para él) y se queda a dormir en su habitación. No lo amonesta, pues conoce los sufrimientos del niño y su lucha interior por dominarse; lección que le daba respetando estrictas normas de conducta contrarias a toda debilidad y sensiblería.

Los recuerdos no motivan en Marcel ningún reproche hacia su madre, por quien sintió siempre un amor incondicional. A pesar del dolor que le causaban su trato algo distante y su incapacidad para ceder ante una norma preestablecida, comprende con agradecimiento que su actitud perseguía el afán de educarlo en el autodomínio.

5. LA FIGURA MATERNA EN *EL BUSCADOR DE ORO* DE JEAN-MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO

En Jean-Marie Gustave Le Clézio, sangre inglesa y francesa se mezclan y enraízan en suelo africano haciendo de sus orígenes uno de los asuntos más insistentemente tratados en sus obras. La novela *El buscador de oro*, revive la “aventura” de su abuelo, Alexis Le Clézio, quien se propone recuperar como una suerte de paraíso perdido la propiedad familiar entregada para saldar deudas. Convencido de la existencia de un tesoro de piratas en la isla Rodrigues (pequeñísima y desolada porción de tierra en el Océano Índico), Alexis abandona trabajo, madre y hermana para embarcarse hacia una búsqueda que orienta toda su vida sin permitirle revertir la situación.

El primer capítulo se refiere a los hechos que llevaron a la familia a la ruina durante la infancia de Alexis. Trata al mismo tiempo sobre las impresiones del niño, que vive feliz y libre en medio de un espacio paradisíaco para él, cobijado por el profundo amor de sus padres y de su hermana Laura. Entre las evocaciones más significativas, el protagonista destaca la presencia de su madre, en especial su dulce voz. Cuando piensa en su infancia y en aquel lugar, dice que ante todo oye el mar y que:

está también la voz de Mam. Es todo lo que ahora sé de ella, todo lo que de ella conservo. [...] Quiero escucharla siempre, como aquellos a quienes se ama y cuyo rostro ya no se conoce, su voz, la dulzura de su voz que lo contiene todo, la calidez de sus manos, el olor de sus cabellos, su vestido. (BO: 25)

Su madre, quien reemplaza a toda institutriz porque la familia no tiene dinero para costearla, introduce a los niños en el mundo de la cultura impartiendo cada tarde los conocimientos elementales: gramática, ortografía, matemática; también historia sagrada y moral. El narrador consagra no pocas páginas a evocar las enseñanzas de su madre pero aclara: *No son las palabras lo que yo percibo sino la voz de Mam.* (BO:30), la cual a su vez permanece íntimamente unida al recuerdo del paisaje amado:

Oigo el sonido de su voz, y pienso de inmediato en esa luz del anochecer en el Boucan, en la veranda, rodeado de reflejos de bambúes y con el cielo atravesado por las bandadas de pájaros. Creo que toda la belleza de ese instante proviene de ella, de su cabello espeso y rizado, [...] de sus ojos azules, de su rostro tan lleno todavía, tan joven, de sus largas y fuertes manos de pianista. Hay tanta calma, tanta sencillez en ella, tanta luz. (BO: 26-27)

Es una persona dulce y serena, culta, amable, hermosa; sos-

tiene con amor y fortaleza de espíritu a su marido y a los hijos en la adversidad. Pero es vista por ellos como un objeto frágil que hay que resguardar cuidadosamente y por esto Alexis no la hace partícipe de sus planes cuando parte hacia la aventura. Los niños aman y admiran a su madre, en quien ven un ser digno de fervorosa adoración. En esta novela, la figura materna y el espacio añorado se aúnan en un recuerdo que resulta doloroso, pues tanto la una como el otro nunca podrán ser recuperados por el protagonista, quien idealiza ambos elementos identificándolos con la felicidad verdadera. El paso del tiempo profundiza el sentimiento de pérdida y de dolor, y encarece el recuerdo todavía más.

Este breve repaso sobre algunos ejemplos literarios franceses acerca del personaje materno, permite confirmar la importancia que reviste la función de la madre en la formación de sus hijos. Sea de naturaleza intelectual y cultural, sea moral y espiritual, la influencia del ejemplo y de las lecciones maternas se revelan determinantes en todos los casos. Los personajes atesoran el recuerdo de sus madres con profunda gratitud y veneración. La evocación fortalece el reconocimiento de sus virtudes y minimiza los defectos con magnanimidad, o bien simplemente los soslaya.

No cabe duda de que los personajes aprecian en el devenir de sus vidas la impronta de sus madres y enaltecen su amorosa presencia tutora. Manifiestamente, la “educación informal” recibida de ellas resulta mucho más decisiva que cualquiera otra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CONDESA DE LA FAYETTE (1981), *La princesa de Clèves*, estudio preliminar Eduardo Romano, traducción Eduardo Paz Leston, Buenos Aires, CEAL.
- LE CLÉZIO, JEAN-MARIE GUSTAVE (2008), *El buscador de oro*, traductor Manuel Serrat Crespo, Buenos Aires, Norma.

PHILIPPE, MARIE-DOMINIQUE O.P. (2010), *Le mystère de la femme dans la famille*, Condé-sur-Noireau (France), Parole et Silence.

PROUST, MARCEL (1919), *À la recherche du temps perdu*, Paris, NRF., tome I: *Du côté de chez Swann*.

YOURCENAR, MARGUERITE (1988), *Ana, sórora... Como el agua que fluye*, traducción Emma Calatayud, Madrid, Alfaguara.